

## Elogio Académico de Número Dr. Ernesto Bancalari

*AN Dra. Patricia Julia Campos Olazábal*

A continuación, la académica de número Dra. Patricia Julia Campos Olazábal procederá con el elogio del académico de número Dr. Ernesto Bancalari Rodríguez, y a continuación presentará su trabajo de incorporación titulado ¿que nos hace más humanos en la era de la tecnología? Dra. Patricia: adelante.

Buenas noches con todos. Con la venia de la mesa de honor, quisiera saludar al Monseñor Robert Prevost obispo de Chiclayo y gran canciller de nuestra universidad. Señores directivos de la Academia Nacional de Medicina, señoras y señores.

Hacer el elogio de una persona tan cercana a uno es a menudo bastante más difícil de lo que parece. Porque la persona tiene muchos aspectos, su vida académica, su vida personal y porque muchas veces, sobre todo en el inicio de las percepciones son diferentes y uno piensa que esa relación no va a salir bien y como en este caso, me equivoqué.

Tuve la suerte de conocer a don Ernesto como todos le decíamos, como especialista, como jefe y como amigo; y fue un inmenso honor trabajar a su lado. Voy a compartir con ustedes algunos datos de su biografía que posiblemente ya los conocen pero que me parecen relevantes.

Don Ernesto Bancalari Rodríguez nació en Lima el 23 de diciembre del año 18. Cursó sus estudios superiores en

la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en el año 44 con la tesis titulada “Amiotrofia peritoneal de charco maritus”, contribución al estudio de las enfermedades neurodegenerativas. En el año 72 optaría el grado de Dr. en medicina en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Su formación en neurología la hizo al lado del Dr. Jorge Voto Bernales en el entonces Hospital Obrero hoy Hospital Guillermo Almenara.

Viajó al instituto neurológico de Nueva York que pertenecía a la Universidad de Columbia donde realizó estudios avanzados de neurología con el profesor vienés Hans Hoff, distinguido y reconocido neuro psiquiatra. También en New York hizo estudios de electroencefalografía y de electromiografía, con el profesor Joyfer. Fue distinguido en el Instituto of Living the Have Board cómo investigador en electroencefalograma.

De vuelta al Perú, comenzó su labor académica desde estudiante, dictando neuro anatomía en la cátedra de anatomía humana que llevaba el Dr. Ricardo Paz. Como muchos de los neurólogos, como muchos hemos hecho, siempre empezar por neuroanatomía.

Se incorporó ya especialista a la cátedra de neuropatología dirigida por el profesor Oscar Trelles en el Hospital Santo Toribio de Mogrovejo hasta el año 1961. Como neurólogo se incorporó primero al Hospital de la Sanidad de la Policía y posteriormente al Hospital

Almenara donde llego a ser jefe de servicio desde el año 60 al 71. En el ejercicio profesional privado fue neurólogo titular de la clínica angloamericana hasta el año 96. Presidente de la comisión organizadora de la Universidad de Ciencias Aplicadas UPC, fue fundador de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y jefe del departamento de neurología desde el 73 al 89, y creador de la residencia de neurología en 1984. Un año después de mi llegada, y realmente nos dio el respaldo que tanto el Dr. Cabrera, el jefe en este momento, como yo, necesitamos para emprender esa inmensa tarea.

Fue distinguido como profesor emérito de la Cayetano en el año 90. Perteneció a muchas sociedades e instituciones dentro y fuera del país y tuvo también una nutrida producción de artículos científicos. Conocí a don Ernesto en el año 83, recién llegaba de Brasil, donde estuve casi cinco años haciendo la residencia en neuro pediatría. En ese entonces, todos los buenos especialistas venían de Estados Unidos o de Europa.

No había residencia en neuro pediatría en el Perú y el Dr. Armando Filomeno al que todos conocemos, entrenado en Estados Unidos, era 'el' neuro pediastra en el Hospital Cayetano Heredia. Por intermedio del Dr. Federico Valencia, también conocido por ustedes, que en ese momento era director del Hospital Cayetano Heredia, fui presentada en ausencia a don Ernesto y su respuesta inmediata fue, ¿quién es ella?, yo no la conozco, ¿de dónde vino?, ¿del Brasil?, yo no la quiero aquí. Así empezó nuestra relación -Don Ernesto Benavides se está sonriendo porque él conoce de cerca la anécdota- Así empezó nuestra relación que se convirtió en una verdadera amistad hasta que dejó la jefatura.

Él era entonces el jefe del departamento académico de neurología que adscribía también a los neurocirujanos. Años después el departamento se fusionó con lo que hoy es el departamento de medicina de la Universidad Cayetano Heredia. Era la época en que no había celulares, entonces todo era teléfono fijo. Yo me reportaba con él temprano, antes de salir de casa, para planificar el trabajo del día ya que me había convertido en la secretaria académica del departamento con el

benplácito de algunos y con no mucha alegría para otros. Recién llegada y con varios docentes bastante mayores que yo, y con muchísima más experiencia, mi situación en el departamento al inicio fue un poco complicada, por llamarlo de alguna manera, corrían los años 80 y no es que hubiese muchos médicos mujeres y especialistas.

Era muy gracioso porque yo llamaba por teléfono y mi madre que en paz descansa y me escuchaba hablar por teléfono con don Ernesto, y me decía "que buena vejez tiene don Ernesto, porque tú le dices de todo", (a lo que yo respondía) "sí, pero tú no escuchas lo que él me está diciendo del otro lado de la línea".

Era una persona muy sociable, una persona muy política y entonces si yo decía que no a algo, él decía que sí. Entonces me decía, yo tengo que decir que si y tú estás aquí para decir que no. Entonces imagínense ustedes a esa recién llegada, tratando decirle por ejemplo al Dr. Silvio Escalante que no podía postergar su clase porque no podía hacer cualquier otra cosa, cuando ya don Ernesto le había dicho que sí. Obviamente para no discutir con él. Me enseñó a lidiar con el mundo neurológico de ese entonces que era sui generis, por la cantidad de neurólogos famosos formados en el exterior que había y con idiosincrasias es muy diversas.

Me enseñó cómo ser diplomática, cuando había situaciones difíciles y que con cortesía muchas veces uno podría ser tanto más eficaz que enfrentándose a las personas. Me transmitió su pasión por el arte y la música clásica que no eran desconocidas para mí, pero que al escucharlo hablar adquirirían un cariz diferente.

Era mucho más allá que un jefe, era una persona a la cual yo podía acudir y pedir consejo en situaciones de la vida académica y de la vida común también. Gracias a él conocí a alguien muy conocido por todos en Cayetano, mi hijo mayor del corazón Ernesto Bancalari Benavides. A Ernestito lo conocí cuando era estudiante y con su padre discutíamos por la especialidad que haría, y en qué sede estudiaría, yo abogaba para que Ernesto se quedara en Cayetano, para poder ser con él -entrecomillas- exigente, eufemismo de la energía

con que se trataba a los residentes en el Hospital en Cayetano Heredia. De don Ernesto sólo tengo lindos recuerdos, y uno muy cercano a mi corazón. Pude estar junto a él cuando partió a la casa del Señor y lo ayudé a vestir, cosa que no pude hacer por mi padre y por ese motivo siempre estaré agradecida a Dios, a la vida y a la familia Bancalari. Hoy que recibo esta distinción de la Academia, siento que él y mis padres no estén aquí para verlo y estoy segura de que don Ernesto me hubiese felicitado y se hubiese alegrado mucho. Pero siempre estará en mi recuerdo y mi actuar. Muchas gracias.

Antes de empezar mi charla quería aprovechar para agradecer a la Academia en la persona de sus directivos por esta distinción no merecida. A don Alberto Perales por la semblanza en la cual no me reconocí, a Monseñor Roberto por estarme acompañando, a mi familia biológica, a mi familia extendida y a los hijos de mi corazón que hoy día me acompañan. Le decía bromeando a Monseñor hace poco, ya no sé a qué género pertenezco porque tengo tantos hijos que ya parezco conejo.